

BOCETOS

M. Dec 23/41

IGNACIO AGRAMONTE

Por ANTONIO PRISCO PORTO

Hoy, 23 de diciembre de 1941, se cumple la primera centuria del nacimiento de Ignacio Agramonte y Loynaz, gallardo, valiente, esforzado cubano que tanto honró a su patria y que murió impulsado por su inmenso amor a la libertad y a su pueblo.

El tiempo, en su devenir incesante, en su transcurso fatal, hace, a veces, cambiar a los hombres, como a los hechos, de condición y de carácter. Y es que la historia — tanzim de todo lo trascendente ocurrido y vivido — no es ciencia exacta, sino producto de la especulación e interpretación de los sabios. Pero han existido hombres que por su naturaleza privilegiada conservan incólume e inmarcesible su propia fisonomía a través del tiempo y de la historia. Ignacio Agramonte pertenece a esa estirpe. Y es que Agramonte, como la fuente cristalina, mostraba, en el fondo de su alma, toda la pureza de los más grandes ideales. Su historia, más que historia, es un poema, ya que el solo, señor, encarna el romanticismo de su época. Agramonte fué grande por su postura y su carácter, inmenso por su patriotismo y amor a la democracia y a la libertad, forjador de la conciencia cubana por su talento, su palabra y su acción, guerrero heroico y hombre de exquisitas ternuras en el hogar y de gallarda caballeridad en la vida social.

A principios de este año, en estas mismas columnas de EL MUNDO, propuse que hoy, 23 de diciembre de 1941, al cumplirse un siglo del nacimiento de Agramonte, se declarara este día de fiesta nacional, ya que era lo menos que podíamos hacer en homenaje a la memoria del insigne caudillo que fué campeón de nuestras libertades y uno de los más dignos creadores de la patria. La idea, que, desde luego, no era sólo mía,

pues debe haber estado revoloteando en el cerebro de muchos cubanos fué acogida con cierto entusiasmo y en consecuencia, en el Senado de nuestra República se presentó un proyecto de ley a ese fin, con caracteres más extensos. Pero la realidad es que hemos sido víctimas, una vez más, de nuestra incuria tropical, por todo lo que signifique un acto de veneración patriótica, siempre tan constructivo y alentador, pues toda la conmemoración del centenario del natalicio de ese prócer cubano se reduce a unos festejos en la ciudad de Camagüey. Aplaudo a los camagüeyanos por su patriótico gesto; pero como Agramonte es un héroe nacional, una de las glorias más grandes de toda Cuba, el homenaje de ahora debiera ser ampliamente nacional y no quedar limitado a una sola provincia cubana.

La capital y todas las demás poblaciones de la República, cada familia y cada corazón cubano, debía estar hoy de fiesta, porque es fiesta de la cubanidad. Los grandes pueblos se forjan en los recuerdos y las tradiciones.

Sirvan estas líneas de sencilla recordación patriótica, en este día, del inmortal Agramonte, noble efebo de la generación cubana del 68, que brindó cuanto poseía en aras de esta tierra, pléyade de insignes cubanos, con Céspedes a la cabeza, que dieron a la patria, no sólo sus riquezas materiales, sino el conjunto de todos sus

bienes personales, la vida inclusive, por la redención de todos los cubanos.

Dejemos ahora que hablen a los cien años del nacimiento de Agramonte, un hombre de su generación y otro de la nuestra. De aquélla es Manuel Sanguliy, glorioso patriota, escritor y orador, en un artículo publicado en el «Boletín de la Guerra», del 11 de mayo de 1874, al año justo de la muerte del gallardo patriota en Jimaguayú, y reinserto en el libro «Frente a la dominación española», que acaba de publicar su hi-

3060050

IV JINEL ORGANIZADORA BOLIVIANI

K 2

... el distinguido doctor Manuel San gully y Arizti, como valioso aporte a la historia de Cuba, «... y convencernos a nosotros de que si no podía ser Ignacio Agramonte la personificación de este momento histórico de Cuba, fué a lo menos, en el corto espacio de su vida revolucionaria, su expresión más completa y hubiera también dirigido en más amplia esfera la república y afianzado sus brillantes conquistas. Muy desde el principio de la insurrección camagileyana, influyó hondamente en la dirección de los negocios; la redención del esclavo vió en él un defensor generoso, y la república — el sueño dorado de muchas almas bellas — tuvo en su prestigio, en su elocuencia y en su talento un obrero decidido e influyente en aque lla hermosa era de Guáimaro. Sus firmes y elevadas tendencias, su integridad, sus convicciones y su ánimo correspondían cumplidamente a nuestro magnífico y sacrosanto programa, mas, por desdicha, apareció muy joven y si sirvió en la política lo bastante para dejar su nombre en el decreto de emancipación de 1869 y en los primeros esfuerzos desple gados aquí en pro de la democracia, sin embargo — entregado principal y casi exclusivamente a las operaciones militares — necesitó de algún tiempo para descollar en toda la magnitud de su individualidad, y cuando ya se acercaba el momento de hacer

... más beneficiosas sus condiciones de carácter, de inteligencia y de moralidad, vinimos a comprender que apenas fué una deslumbradora exhalación que no ha dejado en pos de si más que el convencimiento doloroso de que es para la patria un mártir y un héroe, un título de legítimo orgullo y una esperanza perdida».

Y de la generación nuestra es mi querido maestro el doctor Elias Entralgo, ilustre profesor de Historia de Cuba, de nuestra Universidad, verdadero valor de la juventud estudiosa, quien dedicó al héroe camagileyano bellas palabras de fervorosa admiración: «Agramonte poseía virtudes que nos son muy gratas. Era modesto y sencillo; si se tenía en alta estimación a sí mismo, se guardaba mucho de aparentarlo. Era franco y leal. No concebía la intriga y el engaño.
Durante toda la guerra su traje fué el de un modesto campesino. No usaba medallas ni condecoraciones. No fingía sentimientos ni decía lo que no sentía y pensaba y se ganó el respeto de sus compañeros de armas por su ejemplo de hombre virtuoso y abnegado».

Y cierro este sencillo homenaje al valiente camagileyano con un soneto inédito del inspradisimo poeta cubano, mi estimado amigo Juan Guerra Núñez.

IGNACIO AGRAMONTE

Para Antonio Prisco Porto.

Cruzó como un meteorc fugaz por nuestra historia las sienes circundadas por ramas de laurel, y en una acción de guerra, unido por la gloria cayó arrogante y fiero del árabe corcel.

Recordando sus hechos lo mira la memoria rescatar al indómito, mutilado doncel, mientras que los clarines proclaman su victoria y en el mármol pentélico lo perpetúa el cincel.

Cuando cayó del bruto su cuerpo ensangrentado, cual si fuera el de un héroe de Grecia, incinerado fué en una roja pira que avivara el rencor.

De la enemiga hueste, que temió por algún día se alzara de la tumba su figura bravia, y ganara en las lides, como el Cid Campeador!

Juan GUERRA NUNEZ.

M. dic 23/41

PATRIMONIO DOCUMENTAL

DE LA HABANA